

LA EVOLUCION DEL MUNDO Y

TEILHARD ha sido uno de los sabios que más se ha inclinado por la evolución de todos los seres.

De esa evolución transformista otro sabio paleontólogo franciscano, el padre Bergounioux, decía que «la certeza que se desprende de estas investigaciones puede ser calificada de moral». Piensa la inmensa mayoría de los científicos, que hoy el concepto de la evolución es algo alcanzado por nuestra ciencia del siglo XX.

Muchos distinguen entre *evolución* y *transformismo*. *Evolución* llaman simplemente al conjunto de hechos que prueban que la vida avanza; y *transformismo* al conjunto de teorías que permiten explicar coherentemente esos hechos dinámicos.

RECUERDO que el manual de Geología que estudié en Bachillerato hablaba de la hipótesis de Laplace para explicar la formación del mundo. Se presentaba grandiosa, y con cierto misterio impresionante.

Después pude estudiar más a fondo, por mi dedicación a las ciencias, las teorías que contemporáneamente han estado más en boga, y tuve que rectificar grandemente mis impresiones primeras. Por eso, para saber lo que hemos adelantado en estos últimos años, conviene conocer lo que hasta hace poco se pensaba de la evolución del mundo.

Kant, el filósofo, fue quien por primera vez expuso, hace dos siglos, una hipótesis de acuerdo con la ciencia moderna. Creemos que los pensadores están alejados de la realidad; pero eso no es verdad de la mayoría de las grandes figuras. Kant conocía la ciencia de su tiempo, y desarrolló una teoría interesante acerca de la formación del mundo, que cincuenta años después Laplace completó y precisó más científicamente. Y ambos trabajos —como toda hipótesis— sirvieron de base para los desarrollos de hoy.

Según ellos, una gran nebulosa en ignición fue el comienzo de nuestro mundo, y al enfriarse se contrajo la inmensa masa incandescente en forma de vapor, formándose el Sol y otros diversos núcleos a su alrededor, los cuales componían nuestro sistema solar.

Sin embargo, las objeciones que se presentaron contra tal teoría hicieron que fuese abandonada en parte, y se tuvieron que inventar diversas correcciones ingeniosas, que nada resolvieron.

Tuvo que ser un célebre astrónomo y matemático católico, el abate Jorge Lemaitre, profesor de la Universidad de Lovaina, quien lanzó en 1925 su teoría del mundo en expansión; y en 1931 la completó con su grandiosa hipótesis sobre la formación del mundo a partir de un átomo primitivo: las nebulosas de Kant y Laplace quedaban definitivamente arrumbadas.

Otro físico célebre, sir Arthur Eddington, patrocinó esta nueva teoría, y la difundió ampliamente, por ser la única que explicaba satisfactoriamente el efecto Doppler-Fizeau. El mundo se parece así a una inmensa bola de jabón, que se va hinchando a pasos agigantados, porque va expansionándose continuamente. En el comienzo, el universo había empezado por ser sólo un único átomo gigante, que por desintegración iba produciendo los demás átomos que actualmente subsisten, reunidos en la complejidad de la materia hoy visible. Y todo este complicado cosmos puede existir únicamente gracias a la fuerza de expansión constante que tiene.

Podemos así calcular el tiempo que ha transcurrido desde que el mundo ha empezado, a partir de ese átomo primitivo, y llegar a la conclusión de que no puede haber sido mayor de diez mil millones de años (Pascual Jordán). Cifra que se comprueba también con el estudio de la materia radiactiva existente, y su grado de desintegración; así como por otros muy variados caminos.

NUESTRO mundo, tal como más o menos lo conocemos, ha tenido un comienzo: hecho sorprendente para la orgullosa ciencia del pasado siglo; pero hoy perfectamente comprensible a las «modestas» mentes de los sabios actuales.

Teilhard fue eso mismo: un profundo y modesto sabio del siglo XX,

que no quería que su nombre apareciese en muchos de sus trabajos de investigación paleontológica. Un hombre que tuvo intuiciones científicas geniales que le permitieron encontrar el famoso Sinantropo de Pekín, o esbozar una fundada teoría del lugar de origen del hombre. Así como también intuiciones filosóficas que permitirán en el futuro ahondar más y más en el porvenir de la Humanidad.

El mundo de la ciencia actual ya no es un mundo compacto y grandioso, es algo más sencillo y más difícil. Más sencillo porque la explicación es simple y a la vista de la ciencia de hoy; y más difícil, porque plantea una serie de desafíos al sentido común, que ha costado mucho trabajo vencer.

Porque como dice un sociólogo belga, Juan Pelsencer: «la ciencia comienza donde acaba el sentido común». Y un famoso lógico afirma también: «Se figura uno que los datos del buen sentido son el punto de partida y el fundamento de la ciencia, cuando por el contrario no son, sino la "ilusión inicial" que la ciencia tiene el derecho y el deber de rectificar» (C. Serrus).

Nuestra ciencia ha llegado a una serie de afirmaciones que antes parecían paradójicas.

Un mundo que dice la ciencia que tiene un comienzo, cuando Santo Tomás no creyó que la razón pudiera llegar a ello, sino que sólo podría alcanzarlo por medio de la Revelación.

Un mundo que se sabe hoy que es finito; pero que también es ilimitado, porque podríamos recorrerlo sin encontrar nunca su final; y, sin embargo, al cabo de cierto tiempo volveríamos al punto de partida. Misterio grande para nuestras mentes demasiado acostumbradas al sentido común.

Un mundo en el que el tiempo es variable, y por eso un hombre que viajase durante unos años a velocidad cercana a la luz, se encontraría al volver a la tierra con la misma gente de su tiempo, pero con una edad distinta de la suya, por extraña paradoja.

Un mundo en el que la geometría del sentido común, la de Euclides, no tiene nada que hacer. El cosmos sólo puede estudiarse a la luz de otras geometrías que desafían este buen sentido, como la que inventó en el siglo pasado el genial matemático alemán Riemann.

Este mundo que lleva en sí mismo una fuerza oculta (¿las razones seminales de San Agustín?), la cual hace posible el paso de la materia inorgánica a la vida, y de la vida animal al hombre intelectual. «En el seno de las proteínas primordiales ha debido producirse el gran fenómeno de la vitalización» (Teilhard). Y «al final del terciario, tras más de quinientos millones de años, la temperatura síquica se elevaba en el mundo celular», produciéndose «la hominización, que es una mutación diferente de todas las otras» (Teilhard). Hace tres mil millones de años apareció un día la vida; y hace 900.000 años, el hombre.

LA materia y el espíritu están germinalmente implicados en nuestro mundo, aunque no aparece el espíritu nada más que con el hombre. Materia y espíritu no son la misma cosa, ni Teilhard lo ha dicho nunca. Pero el espíritu se puede vislumbrar que está en alguna manera misteriosamente unido a la materia.

Yo recuerdo que hace años, antes de publicarse los trabajos de Teilhard (aunque ya estaban escritos), conocí los estudios del profundo psicólogo francés Pradines. En ellos se ve que en todo lo síquico de orden puramente sensible, está ya latente lo espiritual. Cosa que han defendido también los biólogos modernos como Vandel, y el célebre Julián Huxley.

Por otro lado, si analizamos el átomo y los conceptos de energía y masa, llega un momento que no sabemos qué es la materia, porque está de tal modo vinculada al espíritu humano que ha concebido su constitución matemática, que parece perder su consistencia misma.

EL hombre apareció en África, según Teilhard, y hoy parece ser lo más probable según casi todos los paleontólogos. Este hombre primero fue el Pitecantropo, que antes sólo se conocía en Asia Oriental, y uno de cuyos ejemplares, el Sinantropo, fue hallado por Teilhard. Lo encontró en Chu-ku-tien, cerca de Pekín, hace un cuarto de siglo. Los

DEL HOMBRE

Por Enrique Miret Magdalena

restos de útiles (piedras y huevos tallados) descubiertos junto a él, hacen ver que era un ser dotado de intelecto, que usaba instrumentos fabricados por él mismo.

Y todos ellos vienen de un tronco común del cual deriva también el mono. Por eso no es correcto decir, como hacen algunos, que el hombre desciende del mono. El orangután, el gorila y el chimpancé son antropoides, como el hombre; pero no proceden el uno del otro, aunque tienen un mismo tronco. El hombre actual y el mono de hoy provienen de un antropoide primitivo en el que el crecimiento cerebral permitió la adquisición de la conciencia. Por decirlo así, se produjo una explosión del espíritu, en un cuerpo preparado para ello. Hasta entonces no se había dado el caso porque el terreno biológico no estaba propicio.

«La hominización fue una mutación diferente de todas las otras», pero fue una verdadera mutación, de mucha mayor trascendencia para la historia del mundo que ninguna otra.

LAMARCKIANOS y darwinistas lucharon el pasado siglo por alcanzar la hegemonía con sus teorías. Unos concebían la evolución de la vida como una simple adaptación espontánea al medio ambiente; los otros, los que seguían a Darwin, por el contrario, concebían más bien la evolución como un producto de la lucha del ser viviente contra el medio. En unos vencía lo exterior, y en los otros la fuerza vital. Los unos eran demócratas y los otros revolucionarios nietzscheanos: quizá, en otro orden de cosas, nadie los representa mejor que el sentido norteamericano de la vida, que iguala todo por el mismo rasero, y que es netamente lamarckiano; y el rudo hitlerismo, que simbolizó el triunfo de la lucha por la vida, propugnado por Darwin.

Pero unos y otros evolucionistas estaban equivocados, porque todos pensaban que con esa adaptación, o con esa lucha, se heredarían los caracteres adquiridos, y la ciencia contemporánea ha demostrado que eso es falso: Mendel se encargó de probarlo.

Sólo las mutaciones, los cambios bruscos, se heredan, como defiende Teilhard.

El hombre es, por tanto, producto de una alta improbabilidad doble: la complejidad cerebral y el ritmo de progreso creciente.

La «cefalización» del hombre produce un fenómeno nuevo dentro de las leyes zoológicas, en realidad es una ley nueva que sólo resulta privativa de él: la «ley de convergencia», gracias a la cual tiende a su pleno desarrollo, sin crear nuevas mutaciones bruscas, y evitando las regresiones, dispersantes y destructoras, que son fatales en otros grupos animales, que terminan por perecer con el tiempo. El hombre es el único ser vivo que tiene un futuro abierto y progresivo. La *Noosfera* se rige por una ley de concentración y socialización, personalizantes, que no tiene la *Biosfera*. Esa ley de socialización, de ayuda mutua en el amor, converge hacia un polo de atracción universal, que es el punto Omega. Esta cúspide, que Teilhard llama con esa letra griega, la última del abecedario, es el Amor absoluto, el Transcendente y Soberanamente Personal, a quien llamamos los hombres Dios; que no quiso estar ausente de la faena transformadora del mundo que el hombre emprende, y por eso se encarnó en Cristo.

Este ha sido el sabio cristiano Teilhard: un hombre en quien la ciencia fue desarrollada y respetada al máximo, y cuya religión no le sirvió para hacer falsa apologética de circunstancias, sino para vivir ambos polos unidos en esa meta de absoluto que todo hombre sincero debe tener, se llame o no cristiano. Y por eso creo interesante escribir otro día de su religión personal, y de sus posibles desarrollos en el mundo de hoy.

E. M. M.

La mujer de hoy puede confiar en MELISANA

C. P. S. 1350 climax



La vida de la mujer de nuestro tiempo es un constante ajeteo. Ello repercute en los nervios y cuando estos se resienten, sobrevienen molestias como malestar general, irritabilidad, dolores de cabeza, insomnio, mareos, malas digestiones, etc. Estos malestares se alivian con MELISANA, el extracto concentrado de plantas medicinales que tranquiliza y conforta de manera natural e inofensiva. Dos cucharaditas de MELISANA en un poco de agua azucarada, dan pronto alivio. Tomadas regularmente, hacen bien a todo el organismo. Por eso usted también puede confiar en MELISANA. Consulte a su médico.

MELISANA

EL EXTRACTO QUE ALIVIA Y CONFORTA



BON KORETS
le ayudará a conseguir
la silueta que anhela.

grageas **BON KORETS**
tratamiento de la obesidad

Consulte a su médico.

CPS 1441